

cionadamente científica de Kropotkin de los elementos de una futura posible sociedad anarquista sirviéndose del medio de la investigación geográfica y etnológica, para conocer en el territorio los comportamientos sociales a través de los cuales y a partir de los cuales volver a construir una serie de relaciones que vayan hacia la utopía de un futuro mundo anarquista.

Kropotkin no se preocupa por conocer a priori el hombre nuevo, sino empieza con una serie de observaciones directas en situaciones complejas, aunque no sólo internas a la nueva metrópolis existente, para considerar y evaluar cuál entre las muchas realidades existentes podría ser la factible, «ideal» en el sentido de su aplicabilidad en un escala «superior» y aclara que su objetivo es crear un ambiente basado en el concepto de comunidad significando «con propuesta comunitaria y entonces organización del espacio lo que él encuentra ya existente en la sociedad constituida». Dicho de otra manera, no crea un modelo más o menos utópico que aplicar a las cosas y a las personas, sino indica entre los modelos ya existentes lo que mejor puede dar indicaciones para una vida social no gestionada por esquemas autoritarios o jerárquicos.

Pero es en su concepción de la organización económica, específicamente en las relaciones agricultura-industria, ciudad-campo, que se coloca su contribución fundamental al pensamiento ecologista de hoy: defensa de la vitalidad de la agricultura ante el aniquilamiento producido por el desarrollo industrial; necesidad de descentralización de la industria, defensa de las pequeñas industrias, rurales y domésticas; ventajas de la asociación de actividades agro-industriales, posibilidades ofrecidas por la tecnología para acelerar la descentralización; polivalencia y autosuficiencia —por todo esto *Campos, fábricas, talleres* es hoy en día indispensable en la biblioteca de cualquier anarco-ecologista.

La utopía es la oposición posible al dominio social del pensamiento racional-científico en que se basa la tecnoburocracia.

Estricto colaborador de Kropotkin, P. Geddes afirma la necesidad absoluta de reintegrar el hombre concreto y completo en el procedimiento de planificación urbana en el cual, consecuentemente, se reintegran aun el espacio y el tiempo concretos y sus experiencias directas en la creación de comunidades autogestionadas como en el 1986 en S. James Court en Edimburgo y en el 1987 para los profugos armenios en Chipre, lo empujan a afirmar que el verdadero plan... «es la resultante y la flor de toda la civilización de una comunidad y de una época».

Rechazo, entonces, del modelo, a favor de una libre proliferación en el territorio de varios ejemplos de estructuras urbanas únicas e irrepetibles conectadas entre ellas con un sistema de tipo federativo semejante a aquello propuesto por Kropotkin.

Fundamental para la divulgación del pensamiento de Kropotkin y de Geddes sería la obra de L. Mumford, discípulo de este último que lleva la influencia de estos dos grandes pensadores libertarios hasta hoy y que vuelve a usar y amplía gran parte de las temáticas regionalistas y de equilibrio territorial y subraya la importancia para una sociedad equilibrada por el principio de limitación «en dimensión, densidad, superficie (que) son absolutamente necesarias para unas verdaderas relaciones sociales», algo que nos recuerda «la época de descanso» de la que habla Morris en *News from Nowhere*, al fin y al cabo el utópico pasaje del reino de la necesidad al de la libertad.

Colectivo "Los Arenalejos" (Málaga)

«Es necesario modificar la teoría para adaptarla a la naturaleza y no la naturaleza para servir a la teoría.» Claude Bernard

Gracias al consenso mediático, de cara a la población nos han metido a todos los ecologistas en el mismo cajón de sastre, ya que todos los actores de la vida pública están de acuerdo en salvar al enfermizo planeta. Es así como nos encontramos a empresarios verdes, a anarquistas, herbolarios y tiendas de productos biológicos; a todos los políticos, a militantes profesionales estide Greenpeace, a reyes, a presidentes, a primitivistas, misantropos quienes consideran culpable al ser humano y a las hambrunas un bien hecho al planeta, a místicos, a partidarios del retorno a la tierra, ambientalistas, conservacionistas, a los verdes y sus pactos electorales y por fin a otros grupos defensores de la naturaleza con propuestas pragmáticas hasta el punto de trabajar de la mano con los organismos oficiales de protección de la naturaleza (AMA, ICONA)

Como no tenemos aquí en el estado español ninguna respuesta popular de envergadura frente a los atropellos a la naturaleza, salvo en algunos casos puntuales, estos últimos grupos con sus propuestas «realistas», «concretas» y «alternativas» aparecen a las personas más inquietas y concienciadas como los verdaderos ecologistas. Es así como frente a un diseño de autovía propuesto por el M.O.P.U. proponen otro «alternativo»; lo mismo ocurre frente a un plan energético.

Esta estrechez de miras nos parece bastante preocupante porque en primer lugar así no se detiene la destrucción. Destrucción de unos ecosistemas nacidos hace millones de años y que sustentan hasta el presente a unos seres vivos cada vez más elaborados hasta llegar a la humanidad o sea a la naturaleza tomando conciencia de sí misma. Y en segundo lugar porque reduce la ecología a unas reivindicaciones parciales negándole su carácter globalizador y radical.

En lugar de proponer parches a un sistema que siempre revienta, desplazando los problemas de un lado para otro, nos parece más efectivo detenernos un momento y hacernos dos preguntas ecologistas por definición:

- ¿Están adaptadas las estructuras de la sociedad actual a las de la naturaleza?
- ¿Por estructuras entendemos: relación de los elementos de un conjunto?
- ¿Cuál es el fenómeno que alimenta a un movimiento despiadado contrario a la vida ya que está consiguiendo dar la vuelta el reloj evolutivo de nuestro planeta hasta, de seguir así, convertirlo en un desierto?

Tomemos el ejemplo del agua para contestar a la primera. Somos agua, la vida es agua y, sin embargo, no nos damos cuenta de su importancia, tanto estamos separados de la naturaleza, vivimos en burbujas urbanas ciegas a preguntarse dónde vivimos, cuáles son los principios de la vida y cómo es esa multirrelación en la que estamos inmersos. La vemos correr delante de nuestros ojos y no nos damos cuenta de que se nos escapa, de que cada vez aparece con menos frecuencia, en menor cantidad, en peor estado hasta el punto de que se convierta en normalidad no poder beber del grifo. Cada día son más las veces que al aparecer en vez de dar vida produce desastres, en vez de caer del cielo, se desploma de este, en vez de viajar, huye por los ríos, en vez de calmarnos nos tensiona, en vez de ser el pan de cada día es pan de hoy y hambre de mañana hasta el punto de que un día, ¿quién lo diría?, se

vuelva fuente de conflictos armados no solamente ahí donde escasea, pero también ahí donde se le utiliza como mero "recurso natural" como a cualquier petróleo industrial.

Y es que si nos imaginamos a nuestra Tierra reducida al tamaño de un huevo de gallina, toda el agua de la que ésta dispone —la dulce, la salada, la líquida, la congelada o la evaporada— equivaldría a una gota de agua. es muy poca, limitada y no renovable. Mientras la población se cuadruplica en un siglo, el consumo de agua se multiplica por nueve a nivel planetario. Todos los ecosistemas necesitan del agua para poder funcionar y serán más ricos cuanto más diversidad biológica abarquen, seres humanos incluidos.

Esta diversidad biológica, que también implica diversidad genética (elemento importante en cuanto a la adaptación y estabilidad del medio ambiente), constituye el primer eslabón de las cadenas tróficas que nos abastecen a nivel alimentario como de las que nos proveen en oxígeno y agua limpia dentro de unos ciclos todos ellos intercompentados. Esta complejidad extraordinariamente elaborada constituye nuestra red de sustentación, dependemos de ella. En ella no encontramos ningún centro de decisión ni de poder, sino al contrario una biodiversidad organizada en sistemas autónomos fuertemente unidos, interdependientes los unos de los otros. Así, estos ecosistemas no están descentralizados por ideología, sino simplemente por supervivencia; es la tendencia de la vida a incrementarse gracias a otras formas de vida; es el sistema, la estructura que consigue, gracias al apoyo mutuo al inferior de las especies y entre ecosistemas, crear más vida con menos esfuerzos.

"De momento tiene que quedar clara una cosa: la historia humana no puede liberarse o desembarazarse de la naturaleza. Siempre estará metida en la naturaleza, ya nos inclinemos a llamarla "barro" o "madre" fecunda. Lo que quizás sea la prueba definitiva del genio humano es la clase de naturaleza que estamos dispuestos a favorecer: ¿una naturaleza ricamente orgánica y compleja o una naturaleza inorgánica y desastrosamente simplificada?" M. Bookchin.

Actualmente a esa biodiversidad descentralizada, esféricamente organizada, sin jerarquías, fruto de 3.000 millones de años de evolución biológica se le quita el agua y se la concentra para unos conjuntos situados fuera de los ecosistemas, unos conjuntos sintéticos de hormigón: las megalópolis. Así no es de extrañar que en los próximos 30 años se prevea la desaparición de al menos 1/4 parte de la biodiversidad del planeta.

A ese ritmo la población urbana en el mundo pasará del 29,18% en 1950 a unos 60,10% en el 2025. Entre los años 2000 y 2010 y por primera vez en su historia, la humanidad, se volcará en lo absurdo: más de la mitad de los habitantes del planeta vivirán en la ciudad. A la masificación estandarizada de los pueblos en las ciudades le corresponde la pérdida de sus genuinos conocimientos, de sus variadas culturas, de su poder de decisión.

Al consumismo de 1/4 de la humanidad le corresponde el hambre de los 3/4 restantes. A la pobreza le corresponde paradójicamente el aumento de la población.

Como en esas megalópolis es donde se concentran transformación y consumo de las expoliaciones de las riquezas naturales no restituidas, nos encontramos, fuera de esos centros con la otra cara de la misma moneda: lo que antes fuera bosque, selva o campo, se está convirtiendo en monocultivos en el mejor de los casos o directamente en tierras desnudas, erosionadas o sin agua.

Por si no fuera suficiente se les impone a estos ecosistemas empobrecidos una cantidad de desechos que no pueden asimilar debido a su concentración geográfica y su calidad inorgánica. Esto es la contaminación.

Contestando a la primera pregunta no cabe duda, pues que el *centralismo* y la *especialización* de zonas enteras del globo, dedicadas ya sea al turismo, la industria o a producciones agrícolas específicas, *son totalmente anti-orgánicas e incluso abióticas*. Podemos afirmar, sin vacilar que *las estructuras de la sociedad actual no están* para nada adaptadas al reto que nos imponen las circunstancias.

Veamos ahora el fenómeno que alimenta a ese movimiento despiadado de concentración y de destrucción.

A ese fenómeno se le conoce por capitalismo y ése no es más que el resultado de una ideología que asienta su legitimidad en el inconsciente colectivo heredado del paleolítico patriarcal, opuesto al neolítico matrilinear, y basado en la propiedad y la jerarquía de poderes.

El capitalismo nace y se asienta sobre la aparición de la máquina y necesitará destruir el tejido social del campo para disponer de productores y concentrarlos en un mismo lugar: la ciudad. Empieza el éxodo rural. Para incrementar los beneficios realizados a espaldas de los trabajadores, hará de ellos unos consumidores para vender más y más y así ampliar y consolidar las jerarquías de poder por la adquisición mayor de bienes y propiedades.

Así nació la sociedad llamada de consumo... para 1/4 parte de la humanidad a expensas de los 3/4 restantes.

¿A ese capitalismo se le puede reformar para que deje de ser destructivo? A nosotros este propósito nos parece en el mejor de los casos, ingenuo. Apoyar o pedir que se tomen medidas legislativas no hace más que institucionalizar ya no solamente a la contaminación, pero también la naturaleza. Y la institucionalización, lo sabemos por experiencia, nunca impidió las catástrofes, de la misma manera que las instituciones internacionales nunca podrán impedir las guerras. Es más, esa institucionalización va a servir de cortina de humo necesaria para disfrazar a un sistema por esencia eminentemente destructor. A un lobo no se le puede convertir en vegetariano ni con una moral, ni por decreto ley. De la misma manera no se puede "convertir" al capitalismo que sólo vive por el lema: "crece o muere" y eso cualquier empresa lo sabe perfectamente.

Seguir con reformas y demas "pragmatismos" sin subsanar el fondo del problema, desemboca en una "normalización de la naturaleza", acentúa la separación entre una humanidad enlatada y homogeneizada en megalópolis y "una naturaleza pura" exenta de humanidad enlatada en los parques naturales aislados entre sí, una "naturaleza desvertebrada".

En este nuevo orden mundial es más que necesaria y justificada la intervención de especialistas verdes, ya sea para apagar incendios, codificar o descontaminar. Y allí es cuando la pescadilla capitalista se muerde la cola en un cuento de cuentas de nunca acabar: la industria ecológica representa el reto del siglo XXI. De 1989 al año 2000 se multiplicará casi por 2 la facturación del mercado mundial del medio-ambiente que pasará de 254.000 millones de dólares a 415.000 millones en el año 2000, siendo EE.UU. quien se llevará más de la mitad del pastel. En este caso la contaminación ya no se la verá como a una molestia, sino simplemente como a otro recurso "casi" natural, algo así como las enfermedades o las plagas han pasado a serlo.

A los sindicatos les tocará el papel de defender los tres millones de emple-

os que en las próximas décadas generen esas industrias de "la salud ambiental". Para colmo hay quienes dirán que, como ocurre con el tabaco, eso no impide una labor de concienciación y responsabilización. A los ciudadanos, como ya está sucediendo en los países más avanzados (en la contaminación), se les aconsejará fuertemente que no tiren colillas por el suelo (además de no fumar) y que trabajen para el bien común al separar sus basuras en sus respectivas categorías, en vistas de un reciclaje más eficaz. Para los ciudadanos irresponsables, ahí están las leyes verdes y los policías de idéntico color por si los consejos no fueran suficientes y las leyes sin aplicar.

De ahí a votar unas leyes de extranjería, so pretexto que a los moros no les corresponde este nicho ecológico no hay más que un paso.

Así es que, como ecologistas no podemos actuar sin ver las causas primeras que producen el descalabro ecológico, porque los que apoyan o proponen reformas, terminan por reforzar esas mismas causas primeras.

Necesitamos un cambio estructural de largo alcance.

Ir a la raíz del problema sería deshacer provecho y jerarquías de poder para repartirlo, diluirlo en poder/capacidad. Descentralizando crear pueblo, un tejido social orgánico de seres conscientes, sensibles que confíen en su capacidad de decidir y definir *sus necesidades*. En eso consiste la ecología social, porque es la sociedad humana quien determina la ecología del planeta. La primera pauta consistiría en profundizar la reflexión, ampliarla a través de los diferentes grupos ecologistas y demás actores sociales, y darle cuerpo.

«Hoy más que nunca necesitamos *coherencia*. Y por ello, no me refiero a dogmas, sino más bien a una verdadera *estructuración* de las ideas que pondrán la filosofía, la antropología, la historia, la moral, una racionalidad renovadora y visiones utópicas al servicio de la libertad -y una libertad, añadiría, que serviría de la misma manera a la evolución de la naturaleza como a la del ser humano.» Murray Bookchin

Esto es, reemprender todos los partidarios de la ecología social la tarea de síntesis que desarrollaron nuestros antepasados anarquistas y naturistas, aquí en el estado español a partir de los trabajos de Eliseo Reclus y Pedro Kropotkin.

Y no faltan actualmente científicos de todas las disciplinas para apoyar y profundizar a esas tesis. Ahí están, entre muchos más, Ashley Montagu, Henry Laborit..., es este último quien dice criticando al darwinismo social y su supuesta justificación científica: «Se habría podido, con la misma cantidad de hechos científicos indiscutibles que eminentes personas, como Kropotkin, han recogido decir que la evolución sólo ha sido posible gracias al apoyo mutuo. El ejemplo de la simbiosis de las mitocondrias y de las formas anaerobioticas primitivas, así como el pasaje de los seres unicelulares a los seres pluricelulares en donde la especialización de las tareas se ha realizado, bastarían para demostrar la importancia del apoyo mutuo y no de la competitividad en el curso de la evolución.»

Podríamos citar fácilmente múltiples ejemplos similares, pero no se trata de acumular ideas en un batiborrillo impresionante.

Insistimos, se trata de coherencia. «El pensamiento no acabado, dice Bookchin, es igual de peligroso como el dogma totalmente cerrado. Los dos conllevan a una visión no creativa de la realidad que puede ser deformada y torcida de todas las formas posibles; por eso las enormes contradicciones que se encuentran en las obras sobre la llamada «ecología profunda».

Se trataría pues, de hilvanar los resultados de las investigaciones de mane-

ra a crearle a la ecología social un cuerpo teórico coherente y vivo, es decir que se vaya desarrollando y tomando fuerza a medida que vayamos avanzando en nuestra práctica.

La segunda pauta consistiría, pues en *experimentar*, en pasar a la práctica, y para nosotros este punto es imprescindible para desarrollar el primero y eso por muchas razones. Vamos a ilustrarlo con una metáfora: si cada uno de nosotros somos conscientes de que estamos presos en una *carcel*, tanto física como psíquica, que además esta cárcel está compartimentada a la manera de un laberinto y que en ella andamos a oscuras, el primer paso, si queremos escapar o derrumbar las paredes, será el de situar a esas paredes.

Pues bien, para nosotros, eso es lo de pasar a la práctica: situarnos y situar los límites impuestos para empezar la tarea.

Si no damos el paso nunca seremos capaces, es como si leyésemos muchos libros de albañilería y no nos pusieramos nunca a edificar un muro. Nunca aprenderíamos. Es en este sentido que el premio Nobel de física en 1991, Pierre Gilles de Gennes, dijo en una entrevista, que deploraba la falta de habilidad manual y observación a favor de los conceptos abstractos y que para pensar hace falta estar en contacto con la realidad.

Pues, la inteligencia nació en el hombre, porque teníamos manos que le permitían hacer cosas que no podían los monos.

Concluyendo: «las manos fueron el origen de la inteligencia». Podríamos añadir que con ella también nació el sentido común.

Para romper con este empobrecimiento es necesario cambiar radicalmente nuestra relación social y nuestra relación con la naturaleza. Si el poder tiende cada vez más a especializar, a romper la autonomía, a centralizar, y ya estamos comprobando a qué tiende esto, habría que desarrollar lo contrario: potenciar nuestra capacidad de autonomía en todos los sentidos. Por autonomía no entendemos aislamiento e incapacidad de decisión colectiva, bien al contrario. Asumir al máximo nuestras capacidades creativas, cubrir nuestras necesidades y relaciones básicas primero, permite la verdadera economía al enriquecer al individuo, al grupo, a la localidad y al reducir las transferencias a lo mínimo imprescindible.

Así funciona una federación de autonomías, como cualquier cuerpo orgánico.

Así, por la práctica, hemos comprobado que para todos los temas considerados, había un denominador común, eso es un *hilo conductor* que hilvana a todos los aspectos de nuestras vidas y de la naturaleza: el de la máxima autonomía conjugada con una reciprocidad de dependencias escogidas (siempre que se pueda), siendo lo de la independencia un mito, una falacia.

Ese hilo es el que nos convierte a los seres humanos en la continuación directa de la naturaleza viva, orgánica y compleja.

Aquí, en los Arenalejos, nos esforzamos en seguir ese hilo conductor de la autonomía en las diferentes facetas de la vida que se nos han ido presentando.

- En la agricultura: favoreciendo ecosistemas que permitiesen a la tierra alcanzar una fertilidad propia con la mínima intervención humana. No hay que olvidar que la fertilidad actual de los suelos es totalmente artificial y que de olvidar que el abastecimiento de petróleo se vendría abajo de una manera dramática toda la producción agrícola mundial. La labor consistiría en un trabajo de control, agudizando nuestra capacidad de observar continuamente el sistema agro-silvícola en forma de diálogo perpetuo con él con el fin de ajustar las

técnicas y la imbricación de los elementos que lo constituyen. Una vez alcanzada su madurez ese sistema suministraría un máximo de productos con un mínimo de trabajo. Esa autonomía local relativa y completada por los intercambios con otras autonomías, permitiría que todo el mundo tuviera algún contacto con el proceso de producción de alimentos. No significa un retorno al pasado sino una aplicación correcta de tecnologías con un mínimo de impacto, como prolongación de la capacidad creadora del hombre para enriquecer nuestro entorno, creando más ecosistemas y recuperando zonas desérticas.

- En la salud: también es urgente aquí buscar la autonomía, romper los miedos, buscar conceptos menos guerreros, menos esquizofrénicos, donde la enfermedad no se presente como una enemiga sino más bien como un estado de crisis en el cual el cuerpo, por sus propios medios que nosotros debemos facilitar, sin prisas, busca deshacerse de un atasco de deshechos, que vienen tanto de abusos como de faltas. Intentar llegar lo más lejos en las causas de los problemas, donde los factores sociales, psíquicos y orgánicos se vieran las caras. Buscar los condicionamientos que nos han llevado a las inhibiciones que arrastramos, reexaminar la moral que llevamos incorporada y ver en que medida nos limita sentirnos vivos.

La inhibición de la acción acarrea angustia y esa angustia nos debilita y nos puede llevar a perturbaciones tan graves como el cáncer, el sida, la locura, que como R. Laing nos muestra "no es sino una respuesta cuerda ante un medio social demente".

Estamos condicionados para vivir, para sentir como naturales la competitividad, la envidia, los celos, por eso cuando buscamos una forma de vida más armónica chocamos contra nuestros propios muros; el comprobar esto nos obligó al intento de comprender e investigar los porqués. No somos perversos polimorfos al nacer sino una bola de deseos, en primer lugar del cuerpo de la madre, de su cariño, de sus caricias, de su leche. El patriarcado ha ido reprimiendo la relación erótico-vital entre madre e hijo, rompiendo así el curso natural de la vida, incluso en el parto, intentando que la madre no llegue a sentir nada, como si de un tubo de plástico se tratara; después la educación, que nos convierte en seres sumisos, miedosos, dependientes. Aquí nos ha ayudado mucho Alice Miller; ella nos ha ayudado a recordar lo que nos ocurrió en nuestra infancia, aquello que estaba escondido, que nos imposibilitaba y nos sigue imposibilitando estar en paz con nuestras emociones y por tanto el hacernos sensibles de las humillaciones sufridas en la infancia. Como ella misma dice en el prólogo a su libro, *Por tu propio bien*: "el público en general dista aún mucho de advertir que las experiencias del niño en sus primeros años de vida repercutirá irremisiblemente en la sociedad entera, de que la psicosis, la drogadicción, y la criminalidad son la expresión en clave cifrada de aquellas experiencias tempranas".

Es difícil volver atrás, estamos muy constituidos, hay que reconocerlo, pero ese el punto de partida de todo cambio, darnos cuenta. A partir de ahí tratar de descubrir estructuras suficientemente alejadas de los tumultos de la competitividad e intentar cambiar la espiral de carencia: sumisión: egoísmo: competencia por una espiral inversa de apoyo y confianza.

- Incidir por tanto en la educación: darnos cuenta de que no queríamos reproducir nuestra estructura psíquica en los niños nos ha llevado a buscar mejores relaciones con ellos y entre nosotros mismos. Tenemos la suerte de que su propia naturaleza, hambrienta de conocimiento, es un impulsor suficiente

para aprender. Esa es la escuela de la vida, que para nosotros se traduce por una vida sin escuela, donde cultura y naturaleza estén estrechamente entremezcladas. Por ello necesitamos de una coherencia teórica que se plasme en los hechos de la vida cotidiana.

- También Henri Laborit nos anima con sus palabras: "La finalidad de un grupo social no es ni la técnica, ni el bienestar material, ni la expansión, ni el provecho, ni tampoco la producción, sino que esta finalidad se sitúa en sí mismo, en la armonía de las relaciones entre los individuos que lo componen. Y esta armonía sólo se podrá realizar si cada uno de nosotros es consciente de: primero, de sus motivaciones instintivas; segundo, de los automatismos que la sociedad nos ha impuesto y en tercer lugar, de las posibilidades de creación."

Hace ya un rato que abrimos el grifo de la dialéctica con el deseo de poder, en su caudal, confundirnos entre vida, razón y corazón. Sabemos que es un experimento, en donde nos encontraremos misteriosos pantanos llenos de sombra y hermosos lagos de luz y claridad; que ellos nos guíen, que no dejen de salpicarnos vislumbres de sentido común, que los temerosos afluentes decidan unirse a dar vida a este río confundido; no lejos, el ancho e infinito mar nos espera. Cuanto más limpios lleguemos a él más se beneficiará la comunidad de los hombres con las demás cosas, también deseosas de seguir, con sus ciclos, perpetuándose, evolucionando.

Colectivo "Las Adelfas" (Mérida)

Hay unas viejas preguntas que desde la historia de la filosofía se nos hacen vitalmente necesarias y urgentes replantearnos hoy, como seres humanos, como especie. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?.

La autoconciencia como especie privilegiada que habita la totalidad de este pequeño planeta. El desarrollo de civilizaciones que tienden a homogeneizarse y globalizarse en todo él, con las proyecciones culturales y técnicas de organización social y del trabajo que ello significa nos plantea una responsabilidad tremenda, la que parte de nuestra libertad de hacer o no hacer, de ser o no ser, de querer o no querer. La mayoría de los humanos/as de este mundo, llamado de primera, estamos lanzados/as a una huida hacia adelante, viviendo una irracionalidad que se ha convertido en lo definitorio de nuestra época.

Un convulsivo fin de fiesta. El pánico que sentimos ante nuestra propia capacidad de ser libres y actuar en consecuencia.

Nuestra época, en la que conviven todos los estadios culturales de la humanidad, donde se han planteado y desarrollado teorías sociales y económicas diversas, es una época paradigmática.

Es el resumen de nuestro recorrido como humanidad y donde están claramente definidas las tendencias en el futuro.

Hace diez mil años las prácticas agrícolas definían a la humanidad no sólo como especie racional, sino, también, capaz de generar formas sociales y culturales. Seres integrados como sociedad, e integrados en la Naturaleza.

Hoy aparecemos como una aglomerado voraz, esquilmador y destructivo,

no solo para con nosotros/as mismos/as, con nuestras criminales estructuras sociales sino también con la casa común a todos los seres vivientes: la tierra. Valores tales como que el destino de la humanidad es ser la dominadora de la Naturaleza; que la lucha por la supervivencia entre individuos y especies es una ley natural; que la violencia tiene justificación en todo ello, están tan arraigados en nuestra cultura occidental que sin cuestionarlos los asumimos y transmitimos a las siguientes generaciones como científicos y válidos para vivir.

No hay crisis de valores; esto es una gran falsedad. La competencia, el todos contra todos, el ser humano aislado de los demás, la dominación de unos sobre otros, son valores pujantes, enseñados desde la familia, la escuela, los medios de comunicación, la universidad... Son normas que se practican en la economía, en lo social.

«Hay que ser competitivos»; «pertenecer al grupo de países ricos»..., etc., es decir, para que no te dominen dominar. Realmente, nuestra era proclama a la humanidad como el centro de la Naturaleza y, así, el ser humano y la Naturaleza son dos entidades diferentes y la humanidad domina.

Así el ser humano, hoy, es un individuo egótico, desintegrado, esclavos de sus miedos, incapaz de moderación y evolución, necesitado cada vez en mayor medida, en su dependencia de un Estado previsor que nutra, regule y planifique su ser social, su vida.

Estos valores son criticados desde el pensamiento y sentir anarquista. Ya Kropotkin, a principios de siglo, exponía como el apoyo mutuo, la solidaridad, han sido un factor evolutivo determinante para muchas especies y especialmente la humana.

Es decir, la humanidad ha evolucionado gracias principalmente a su sentido social. El lenguaje, la organización progresiva y la división del trabajo, las sociedades de apoyo mutuo, son prueba de ello. Este sentido de ser social, de lo individual armonizado en lo real, está siendo destruido progresivamente en nuestras sociedades y culturas occidentales, donde vivimos un individualismo egótico, estéril y desastroso.

La agricultura, en sus orígenes, fue un paso en nuestra historia colectiva. Surgida hace relativamente poco —10.000 años— definió la capacidad de observación y actuación integrada sobre el medio natural, amén de la capacidad de organización social y creación de técnica.

Desde sus orígenes hasta la era industrial ha sido una relación no dominadora, integrada en lo natural.

Hoy las prácticas agrícolas se equiparan a las industriales. Se explota la Naturaleza sólo para obtener el máximo de beneficio económico. Se actúa sobre el suelo como si fuera mera apoyadura para las plantas, se vierten en él, herbicidas, pesticidas y abonos químicos para producir alimentos, prescindiendo del factor destructivo que significa sobre billones de seres vivos que como biotopo han mantenido la fertilidad de la tierra durante miles de años.

Sin tener en cuenta, finalmente, lo nocivo de estas prácticas para el ser humano mismo.

Los alimentos son mercancías puestas en el mercado mundial para generar beneficios económicos.

Hasta convertir la agricultura, de una relación inteligente y respetuosa con la Naturaleza, en una de las mayores causas de contaminación y destrucción.

En el plano técnico está recibiendo una respuesta, una alternativa practicada por muchos campesinos en todo el planeta.

Retomar prácticas tradicionales para el mantenimiento de la fertilidad, y de investigación y desarrollo de nuevas técnicas no manipuladoras y destructivas de la Naturaleza, sino integradas en ella.

La agricultura ecológica se presenta como una alternativa viable y necesaria.

EL anarquismo no sólo aporta el análisis crítico de la realidad sino que también desarrolla y da sus frutos en unas prácticas de valores que armonizan dinámicamente individuo/sociedad y Naturaleza.

Los presupuestos filosóficos del anarquismo se han ido formalizando en una lucha constante del ser humano por conseguir una máximo de libertad y felicidad individual equilibrado en un máximo de justicia y solidaridad social.

Nuestro principal reto en los umbrales del tercer milenio es conseguir hacer realidad este equilibrio individuo/sociedad en una reintegración en el medio natural.

La actuación en lo cotidiano: Medio rural/Medio urbano.

Nosotros hablamos del campo como mundo rural. Pues lo entendemos como un tejido económico y social propio que presenta funciones vitales para toda la sociedad.

Existe, sin embargo, una cierta corriente de personas que buscan en el volver a la tierra una alternativa vital a la vida ciudadana; se suele llamar movimiento alternativo, aunque como tal no exista realmente, pues no hay un acuerdo de alternancia. No se buscan alternativas sociales sino, de momento, individuales.

La autosuficiencia, el aprendizaje y práctica de la agricultura y ganadería y artesanía. La búsqueda de una forma de vida menos agresiva. La utilización de energías alternativas. La exaltación de la vida sana, de la salud por medio de la alimentación y medicinas no agresivas y costosas. La preocupación por el ser humano y sus necesidades reales. La apertura y sensibilidad por otras formas culturales. La búsqueda de satisfacción, alegría, felicidad y desarrollo personal a través de la relación estrecha con el medio natural.

Constituyen, grosso modo, las búsquedas vitales de muchas personas que hemos vuelto a la tierra, negándonos a la sociedad del consumo y el despilfarro, violenta y destructiva.

En esta cierta sensibilidad nos sentimos también algunas personas que por recorridos vitales somos anarquistas. Es decir, que nos definimos en una ideología.

¿Que aportamos los anarquistas o podemos aportar a esta corriente llamada alternativa?

En primer lugar un análisis crítico. Pues la búsqueda individual, siempre deseable, se convierte si no tiene proyección, inserción social, en una reproducción de valores dominantes, tales como la asunción de roles masculinos y femeninos, de esquemas familiares tradicionales o esquemas colectivos donde están presentes desde el tribalismo, la secta autoritaria, la religión como lazo de unión entre individuos.

Se reproduce el autoritarismo en las relaciones personales y dentro de una economía de supervivencia se agudiza la tendencia a la propiedad privada y la insolidaridad.

Es decir, todos los valores en los que hemos sido educados y tenemos inyectados.

La falta de integración social en el medio rural, de intentos de cambios o

preocupación por este medio que en realidad es en el que se vive.

El automarginalismo social impide poder llegar a ser un fermento social transformador.

Aportamos también, como libertarios, las formas de organización que son propias de los/as anarquistas, que nace de conjugar de forma dinámica al individuo con la comunidad de un respeto absoluto por la libertad personal y que esta sea fructífera y no estéril, el asamblearismo, el antiautoritarismo, el colectivismo y la autogestión ofrecen y posibilitan las garantías y las formas adecuadas para el desarrollo comunitario. Esto es una aportación, no solo aplicable al medio rural sino también al urbano y ha dado unas prácticas ricas y llenas de experiencias durante la última guerra española.

Sobre el Colectivismo.

Que la propiedad es un robo, sobre un bien tan esencial como la tierra, queda dramáticamente patente. España y su ancestral problema agrario nos dan un buen ejemplo de como la propiedad individual sobre la tierra ha crecido, durante cientos de años desequilibrios sociales tremendos que han impedido un uso adecuado del suelo y grandes sufrimientos humanos. Los desequilibrios sociales tienen su correlato en desequilibrios ecológicos: la sobreexplotación de suelos y acuíferos, los monocultivos de regiones enteras, la tala de bosques y el desplazamiento de masas de población, desposeídas, desarraigadas, que carentes de expectativas de vida en el medio rural han sido arrastradas a las urbes para estar disponibles como asalariados.

La lucha por una sociedad justa.

Ahora, la reorganización de los mercados mundiales que tienen su expresión en los acuerdos comerciales del GATT obliga a la «Europa Unida» la aplicación de políticas centralizadas sobre las prácticas agrícolas y ganaderas.

El control burocrático al servicio de los intereses del capital está reorganizando las producciones con criterios mercantilistas obvios. Se habla de excedentes agrarios, excedentes de tierras cultivables, de excedentes humanos.

Las consecuencias de esta planificación absolutamente autoritaria de la economía agraria son ecológicamente destructivas.

Las mutaciones que se imponen por los intereses del capital al mundo rural agudizan las desigualdades sociales entre regiones ricas y pobres, la destrucción de tejidos sociales que impide el desarrollo de las regiones más pobres que son obligadas a la dependencia económica y política en la misma relación que se impide al desarrollo y la emancipación del Tercer Mundo.

La muerte por asfixia de formas de vida y cultura autóctonas donde hunden sus raíces los pueblos de Europa.

Defender las sociedades rurales es defender el derecho de los pueblos a la emancipación y la autogestión, al desarrollo económico no destructivo y la solidaridad mundial.

Defender, la diversidad cultural y la justicia social.

Los retos planteados a la humanidad hoy pasan por un camino que no puede volver la espalda a la tierra, pasan por el respeto íntimo hacia todos los seres vivos, hacia el ser humano como tal.

Es un camino de evolución y no de destrucción, de desarrollo económico ecológico, y no de crecimiento ilimitado. Hacia una civilización superior donde no cabe una ciencia y una técnica agresivas y una cultura de dominación, narcisista y estéril.

La relación entre el mundo rural y el mundo urbano es hoy una relación de fuerza, de presión y explotación de imperialismo cultural. Las grandes urbes son cánceres sobre la tierra. Son instrumento de dominación sobre las sociedades humanas. Otra civilización pasa por una relación armónica entre el medio rural, el medio urbano y la Naturaleza,

Para terminar una reflexión al movimiento libertario que esta mostrando una incapacidad para crear redes sociales y económicas alternativas, redes de apoyo mutuo que darían sentido a colectivos que vivimos en el campo y cuyas producciones zoológicas van a parar al mercado capitalista por falta de organización solidaria en las ciudades.

Es decir, los colectivos que intentamos vivir de la tierra quedamos aislados en las redes de comercialización capitalistas a la vez que los libertarios de la ciudad compran sus alimentos a intermediarios, especuladores, y parásitos sociales.

La solidaridad se ha llevado a nivel de reunir fondos y ayuda económica y no a un nivel de profundidad en el que se vaya creando un intercambio fructífero de experiencias, información, productos y apoyo que permita crear espacios anarquistas reales.

Tenemos que afrontar las actuaciones de solidaridad y apoyo mutuo con mucho mas sentido critico, pues actuar sin inteligencia está conduciendo en muchos casos a un despilfarro de fuerzas, medios e ilusiones.

Queremos transformar una sociedad, actuemos poniendo todo nuestro corazón a la vez que toda nuestra inteligencia.

... EXTRACTO DEL COLOQUIO

Intervención desde la Sala

Vengo de tierra lejana, de Buenos Aires. Hemos venido aquí y el primer paso de esa magnífica exposición, realmente nos ha impresionado, por el tema y la calidad de las disertaciones, no obstante todo eso, hay dos expositores que han hablado de realizaciones, proyectos e investigaciones, tanto en Málaga como en Mérida. Me gustaría preguntarles por la proyección, la amplitud, la participación en los trabajos prácticos reales y las perspectivas que tienen para un futuro inmediato, si es posible una respuesta, aunque no se refiera al tema en general de la ecología, la ciudad y el campo, sino al aspecto de una realización práctica en curso.

Colectivo "Los Arenalejos"

Pues nosotros empezamos, ya lo dije anteriormente, hace seis años y lo que hemos intentado ha sido fomentar y desarrollar infraestructuras para poder acoger a más gente y tener un proyecto que sea capaz de ser autosuficiente en la mayoría de los aspectos, autosuficiente no quiere decir que sea la autarquía, dependemos de los demás y somos muy consecuentes con ello, pero se trata de asumir todas las funciones que pueda asumir un grupo humano, que es lo que hablaba antes de la autonomía. Entonces las dificultades que se nos plantean son muchas; primero, las debidas al entorno económico